

TEOLOGÍA

Gerhard Ludwig MÜLLER, *Dogmática. Teoría y práctica de la Teología*. Traducción de Marciano Villanueva. Prólogo a la edición española de Olegario González de Cardedal. Adaptación bibliográfica de Alfonso Carrasco (Barcelona, Herder, 1998) 921 pp. 250 x 160. ISBN 84-254-1958-1.

Estamos ante un robusto volumen de 921 páginas. El autor, profesor de Teología dogmática en la Universidad de Munich y miembro del Consejo Internacional de Teólogos de la Congregación para la Doctrina de la fe, ha hecho un verdadero alarde al redactar, él solo, una especie de Suma Teológica en este final del siglo XX. Estamos, efectivamente, ante una exposición global de la Teología, desarrollada desde una concepción unitaria. Como dice justamente O. González de Cardedal en el Prólogo a la edición española, "el autor de esta Dogmática ha asumido una tarea urgente: presentar de manera orgánica las realidades cristianas fundamentales y las verdades que, manando de la revelación divina, se le propone al hombre como luz para su inteligencia, potencia para su voluntad y salvación para su entera existencia personal" (p. VII).

El origen de la obra y por bien decir, el punto de partida en que se sitúa el autor es su convencimiento de que "la teología dogmática entiende que su tarea más importante consiste en actuar de intermediaria entre la automanifestación libre de Dios en Jesús de Nazaret y las orientaciones éticas y espirituales del hombre en las circunstancias concretas de su mundo" (p. XI). Por eso, después de hacer un amplio recorrido histórico haciendo ver que, a causa del modo analógico propio del conocimiento del hombre y la historicidad de la razón humana, sólo es posible una sistematización relativa frente a la revelación, presenta la exposición del propio Manual en el que "mantendrá, en su conjunto, la división en tratados ya clásica, pero presentados según una conexión interna que se atiene al acontecimiento de la revelación, y a la condición de la posibilidad de su aceptación por los hombres" (p. 43).

Dos ejes cruzan toda la obra, que queda estructurada así en dos grandes bloques o series (A y B): el primero (A) responde a la autorrevelación de Dios, Uno y Trino, en la persona y en la historia de Jesús de Nazaret, y el segundo (B) a la relación existente entre esa autorrevelación de Dios y la respuesta del hombre creyente en el curso de la historia. Ambas series son gráficamente presentadas en un intuitivo cuadro sinóptico (p. 44).

Sitúa "en el centro de toda la secuencia temática de la teología" el capítulo (séptimo) dedicado, en forma de amplia síntesis, a la Teología trinitaria, después de

haber recorrido el camino de la llamada Trinidad económica. El Tratado de Dios Trinidad pretende ser, por consiguiente, el punto de encuentro entre las dos grandes partes en que el autor sistematiza la obra.

La obra, que se estructura en doce capítulos, se abre con un amplio e ilustrativo capítulo (pp. 3-101) sobre la Epistemología de la Teología de la Revelación, y culmina con un capítulo, no menos amplio (pp. 641-783), dedicado íntegramente a la sacramentología. Está enriquecida, además, no sólo con una abundante y actualizada recopilación bibliográfica (sistematizada por capítulos), de prevalencia eminentemente germánica aunque debidamente integrada con obras de autores españoles por el profesor Carrasco Rouco, de la Facultad de San Dámaso (Madrid), sino también con unos bien cuidados Índices, sobre todo con un amplio Índice analítico que ocupa 35 páginas (pp. 887-991).

Hecha esta descripción formal de la obra, merece la pena expresar algunas observaciones sobre la misma. Ante todo, es muy de alabar el afán didáctico del autor, puesto de relieve, entre otros signos, en los recuadros, entrefilets, cuadros sinópticos, etc., que van jalonando la obra, y que, al mismo tiempo que rompen tipográficamente la densidad del texto, sirven para subrayar aspectos interesantes, definiciones, textos de la Escritura o del Concilio de particular relieve e interés.

Por otra parte, se cumple, una vez más, también en esta obra el principio de la extensión y de la compresión. Evidentemente, al pretender hacer entrar en el estrecho (¿?) límite de 830 páginas el interminable campo de la Teología, muchos de los temas están tratados de forma excesivamente esquemática: en ocasiones da la sensación de estar más ante un índice de temas que de una exposición propiamente dicha. Se encuentran fórmulas muy precisas pero enormemente concentradas (vgr. p. 263), que hay que desentrañar, explicitar, desarrollar, para ser entendidas debidamente en su rico significado. Estas formulaciones, excesivamente condensadas, vienen impuestas naturalmente por lo ciclópeo de la empresa: meter toda la dogmática en un solo volumen.

Realiza un esfuerzo encomiable el autor, al situar el universo teológico en el contexto de la Trinidad: Dios Creador y Padre (cap. cuarto), Jesús, Hijo del Padre y mediador del Reino (cap. quinto), Revelación del Espíritu del Padre y del Hijo (cap. sexto), concluyendo con un capítulo-síntesis (cap. séptimo), sobre la autorrevelación de Dios como Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De todas formas, no podemos menos de expresar la impresión de artificialidad que nos ha causado esta sistematización, en la que, por otra parte, echamos seriamente de menos un influjo verdadero y real de la organicidad interna y de las líneas de fuerza marcadas por el Concilio Vaticano II. Por ejemplo, el tratamiento dado y la conexión interna existente entre los temas de la Iglesia, María, y los Sacramentos. Dígase lo mismo de los temas de la Creación y la Antropología teológica, tratados, a nuestro modo

de ver, de forma -al menos aparentemente- desconexa y alejada hasta físicamente en el volumen: capítulos segundo (Antropología teológica), tercero (doctrina de la Creación) y duodécimo (doctrina de la Gracia). Por lo demás, el tema de los ángeles ¿encuentra su lugar situado en el capítulo de la antropología aun cuando se hable de antropología trascendental? ¿No encontraría su lugar en el contexto general de la creación? Por otra parte, ¿no estaría el capítulo tercero (la Creación) mejor situado antes del segundo (antropología teológica)? ¿No es más lógico situar al hombre, criatura de las criaturas, en el contexto general de la creación?

En este mismo orden de ideas, tampoco nos convence el distanciamiento que se establece en el tratamiento de la antropología teológica. Efectivamente, son los capítulos segundo y duodécimo los dedicados a este tema. No vemos cómo se puede hablar de antropología teológica, sin que al hecho de la creación del hombre por Dios, se le haga seguir, como una dimensión inscindible de la misma, la comunión de vida del hombre con Dios en el Espíritu.

Por lo demás, la sensibilidad conciliar (del Vaticano II) está ciertamente presente a lo largo de la obra: en ocasiones, más en la línea de las citas conciliares (puestas en adecuados recuadros), que propiamente en lo que sería, en todo y por todo, el "espíritu" del Vaticano II. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a la Eclesiología (cap. décimo), aparece el tema de la tipología mariana de la Iglesia. Pero, según ese principio conciliar ¿no sería más lógico tratar la Mariología (cap. octavo) a continuación de la Eclesiología? Por otra parte, en el contexto cristiano alemán en el que escribe el autor, se le esperaría una palabra más extensa y razonada sobre el debatido y actual tema de la Mediación de María. A este tema apenas se le dedican dos páginas.

Particularmente escasa nos parece, por no decir absolutamente "carente", la dimensión eclesial de los sacramentos, a la que dedica media página (p. 671), después de haber dedicado más de veinte a lo que podría llamarse breve historia de la sacramentología (pp. 641-663). Es cierto que después, al tratar uno por uno de los siete sacramentos, aparece -por lo general de forma implícita-, la dimensión eclesial de los mismos. De todas formas, no dejamos de expresar nuestra sorpresa y hasta cierta decepción por el tratamiento que se da, 'como de pasada', a esta dimensión eclesial de los sacramentos. La misma relación de los apóstoles y discípulos con el Señor en este campo sacramental, la establece en el nivel de "delegación" o también en el hecho de compartir el destino de Jesús (p.671). Queda lejos la visión, por ejemplo de O. Semmelroth, al establecer la naturaleza sacramental de la Iglesia, consecuencia inmediata de la naturaleza de Cristo como el Sacramento fontal (Ursakrament), y por consiguiente, como contexto obligado y origen de los siete sacramentos. Y no se subsana, a nuestro entender, esta, para nosotros, grave laguna en el capítulo dedicado expresamente a la teología de la Iglesia. En ese capítulo se dedican literalmente ocho renglones a "la esencia sacramental de la

Iglesia" (p.582), volviendo brevemente sobre el tema más adelante (pp. 626-627). Contrasta fuertemente este tratamiento sucinto y poco orgánico de un tema realmente vital en la eclesiología de comunión surgida del Vaticano II, con la extensión que le dedica el autor al tema de la jerarquía eclesiástica (pp. 627-636).

Hay que decir con todo, que la presente Dogmática, dentro de su obligado esquematismo a causa de su notable extensión, puede resultar una guía útil para la teoría y la práctica de la teología. *Antonio M^º Calero.*

Giorgio CAMPANINI, *Il laico nella Chiesa e nel mondo* (Bologna, Centro Editoriale Dehoniano, 1999) 206 pp. 215 x 138. ISBN 88-10-40940-X.

El presente volumen recoge una serie de trabajos aparecidos ya en su mayor parte en diversos volúmenes colectivos, en Actas de Simposios, en artículos de Revistas o incluso de Conferencias y Lecciones impartidas por el autor en diversos cursos sobre *Los Laicos en la Iglesia*, tanto en la Facultad de Teología de Lugano como en la Universidad lateranense de Roma.

Después de una interesante Introducción acerca de *Los laicos y la laicidad en el umbral del siglo XXI* que establece el marco general y sitúa las reflexiones que siguen, el volumen se divide en dos partes. La primera bajo el epígrafe general *Entre la Iglesia y el mundo*, analiza, por una parte, el concepto de laicidad desde diversas perspectivas (el debate sobre la laicidad, el hilo conductor del concepto de laicidad, la relación existente entre Iglesia y laicidad, la laicidad como valor emergente en la cultura de nuestro tiempo), profundiza, por otra, el significado de ser 'laico' hoy en la Iglesia y en el mundo, e intenta finalmente hacer una relectura de la *Gaudium et Spes* desde la óptica del compromiso del laico en el mundo.

La segunda parte de la obra está estructurada bajo el título general de *Problemática del laicado*. En ella aborda el autor una serie de problemas en relación con la situación del laico en el interior de la Iglesia: el laicado en la Iglesia posconciliar, Laicos y Teología, Laicos y Liturgia, Ministerios laicales, Nuevas dimensiones del Asociacionismo laical, e incluso el delicado y no resuelto problema de la Acción Católica Italiana y la renovación conciliar.

A modo de Conclusión estudia el tema del compromiso que compete a los laicos, no de forma exclusiva pero sí específica, de ser Testigos en el mundo.

Particularmente sugerentes, dentro de la segunda parte, resultan los capítulos dedicados a tres argumentos de especial interés en la vida de la Iglesia: en primer lugar, la posibilidad de que los laicos asuman con mayor decisión y amplitud el